

La intriga en los relatos de Ricardo Palma

Sandro Chiri Jaime
Universidad ESAN
sandro.chiri@gmail.com
Lima-Perú

Resumen

La intriga participa como elemento neurálgico en las tradiciones que Ricardo Palma escribe durante más de medio siglo; vale decir, opera como eje articulador del gran mosaico histórico-ficcional que el escritor peruano se autoimpone como reto artístico personal y como legado a la colectividad de lectores. El presente trabajo rastrea los aportes de Palma en estos temas del arte narrativo.

Palabras clave: relato, intriga, Ricardo Palma, tensión, suspense, personajes, ficción.

Abstract

The intrigue plays a crucial part in the Traditions that Ricardo Palma writes for over half a century. It functions as an articulating axis of the great historical-fictional mosaic that the 19th century Peruvian writer imposes on himself as a personal and artistic challenge as well as a legacy for his readers. The following work tracks Palma's contributions in these areas of the art of storytelling.

Keywords: story, intrigue, Ricardo Palma, tension, suspense, characters, fiction.

Sandro Chiri Jaime (Perú): es doctor en Literatura Hispanoamericana por Temple University (Filadelfia, EEUU), donde se graduó con la tesis *El imaginario nacional en las tradiciones militaristas de Ricardo Palma (1820-1884)*, y licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Fundó y dirigió la revista cultural *La Casa de Cartón* cuyas ediciones eran de carácter monográfico. Sus ensayos literarios se han publicado en revistas académicas dentro y fuera del país, y su producción poética se patentiza en cuatro títulos: *El libro del mal amor* (1989), *Y si después de tantas palabras* (1992), *Viñetas* (2004) y *Poemas de Filadelfia* (2006). El año 2010, el Instituto Italiano di Cultura di Lima le editó de manera bilingüe una selección de su poesía, en la versión de la profesora Rita Cardillo, y con prólogo del maestro Antonio Melis. Además, sus textos creativos han sido traducidos al inglés por Raymond Mc'Connie y al portugués por Nuno Júdice. Fue funcionario de la Casa de la Literatura Peruana, unidad del Ministerio de Educación, y, en la actualidad, es catedrático en la Universidad ESAN.

Palma y su época

Ricardo Palma es el escritor más importante del Perú decimonónico. Nació en Lima en el seno de una familia humilde, en 1833, y fue sepultado en la misma ciudad lleno de gloria y fama en 1919. Sobreponiéndose a las limitaciones que su origen le imponía, Palma se fue autoformando con la lectura de los clásicos castellanos. Autodidacta de buen cuño, nuestro autor, a lo largo de su vida, fatigó versos, ensayó dramas, ganó moneda como periodista, manifestó afanes como lexicógrafo, escribió temerarios ensayos, emprendió la reorganización de la Biblioteca Nacional después de la guerra del Pacífico y, finalmente, brilló como narrador de ficciones.

Sus tradiciones nos ofrecen una visión amplia, generosa, apasionada y de variada índole del Perú en sus diversas épocas históricas; no obstante, el lector bien sabe que en esas páginas hay mucho de inventiva y otro tanto de certezas. Aun así, hoy celebramos, leemos y reeditamos esos maravillosos textos que sobreviven al tiempo y a sus modas, porque su autor los edificó con prosa tersa, perfección formal, mano firme y auténtica peruanidad. Quizá por ello, nuestro escritor es considerado uno de nuestros más destacados clásicos de las letras nacionales.

Ante el legado literario de Palma, Julio Ramón Ribeyro escribió:

Nuestro pasado sería para nosotros terreno baldío, deshabitación y silencio, a no ser por los cientos de Tradiciones que este amigo de los papelotes escribió en el curso de su larga vida. Lo dicho invita a interrogarse sobre las relaciones entre un escritor y su ciudad, y sobre el poder fundador de la literatura (1981, p. 68).

Por ejemplo, sus tradiciones ambientadas en el siglo XIX traslucen una visión muy aproximada o directa de los hechos

históricos que, a su vez, son matizados con chispa y talento. Desde joven, Palma muestra interés por el pasado y, en su afán de bucear en él, no duda en revisar archivos y documentación, o conversar con testigos y actores de la gesta patria. En otros casos, el propio autor lega testimonio de lo que vio y vivió en el siglo que le tocó recorrer en variadas reminiscencias que transmiten dosis de emoción personal y peruana.

En estos afanes, nuestro clásico evidencia un firme compromiso con la oralidad. Oralidad que se transforma en sus manos en un instrumento narrativo estimable que le permite recoger e incorporar voces anónimas de indios, mulatos, mestizos, negros, criollos y godos. Al hacerlo y aunque parezca paradójico, Palma cuestiona el registro estándar y escrito de la literatura de la época. De esta manera, el tradicionista puede ser visto como un auténtico innovador de las letras hispanoamericanas. En ese sentido, da la sensación de que el escritor limeño propone una suerte de nacionalismo de base esencialmente oral y mestizo. Un coro de voces populares acompaña constantemente sus tramas y anécdotas en el enorme mural de peruanidad que construye con puntualidad, paciencia y talento de orfebre durante décadas.

El castellano que utiliza es de auténtica raigambre peruana. Vale decir, su conciencia lingüística se condice con su propuesta ideológica y estética. En ese sentido, ejemplar es la tradición “Con días y ollas venceremos” donde incorpora una masa anónima de vendedores populares que pregonan sus productos y viandas con voces y localismos propios del Perú. Y al hacerlo con tanto afecto, rinde secreto homenaje a su padre, don Pedro Ramón Palma Castañeda, experimentado mercachifle en el arte de la sobrevivencia por las calles de Lima. Casualmente, el historiador Oswaldo Holguín Callo nos obsequia esta bella pintura que refiere la relación del escritor con su progenitor:

Pedro Palma se valió muchas veces del auxilio de su hijo Manuel [Ricardo], como lo revelan la caligrafía de algunos escritos y el estilo de ciertos ‘comunicados’. Ello sugiere que entre padre e hijo existió una relación muy estrecha, que aquel transmitió a este sus problemas y preocupaciones, que ambos hicieron causa común en no pocas ocasiones, que, en fin, en el calor y la privacidad hogareños se confesaron las esperanzas y proyectos que la vida les invitaba a formular (1994, p. 11).

Por lo visto, la experiencia vital tocada por la estrechez económica no amenguó los ánimos ni del padre ni del hijo. Es obvio, entonces, que nuestro tradicionista hereda de su progenitor la perseverancia, el amor al trabajo y el buen ánimo para resistir las adversidades de la vida y la fuerza psicológica para afrontarlas con creatividad.

En buena cuenta, Ricardo Palma registra episodios históricos, anécdotas y reminiscencias en un conjunto de tradiciones que se aproxima al medio millar y escribe premunido de patriotismo sincero, intención educativa, interés histórico y bullente imaginación artística por medio de un género híbrido que alberga literatura, historiografía y testimonio. En el ánimo de estos relatos, por cierto, late peruanísima entraña mestiza y en ellos se encuentra el embrión de la mayoría de las líneas narrativas que se desarrollarán en el Perú del siglo XX: criollismo, literatura fantástica, autoficción, redención del relato oral, biografía ficcionada, anecdotario, relatos de humor popular, realismo, narrativa historicista, psicologismo narrativo, relato policial, entre otros.

Es de suponer, entonces, que el grueso de los escritores peruanos ulteriores a Palma le debe alguna cuota en su etapa formativa. Y en ese contexto habría que añadir que en nuestro clásico del XIX se evidencia un inevitable afán didáctico que

abarca tres frentes: el literario, el histórico y el popular. En el primero de ellos, el tradicionista asocia el ejercicio literario con la perfección formal, la corrección continua y el legítimo afán de profesionalizar el oficio a través de la difusión de textos ficcionales en la prensa escrita de su época. En el tópico historicista, Palma involuntariamente persuade a los escritores venideros a no soslayar la historia como magma literario. Finalmente, el tradicionista vincula el mundo popular con la oralidad, el ingenio del vulgo por jugar con los vocablos, su empeño por combinar las palabras y su acercamiento a tipos y costumbres del contexto que no deben desestimarse como sustancia literaria.

La intriga

En 1940, Jorge Luis Borges, con temeraria genialidad, afirmó, en el prólogo a *La invención de Morel*, de Adolfo Bioy Casares, que en “español, son infrecuentes y aun rarísimas las obras de imaginación razonadas”. Pues bien, creo que el maestro pudo recurrir a alguna tradición palmista como ejemplo contrario a su aserción y señalar que en más de una hay rasgos de fructuosa “imaginación razonada”.

Más cerca de nosotros y en tiempos de Netflix y de cautivantes series televisivas, el profesor español Pablo Sánchez se preguntaba si “¿Es posible, en la sociedad digital, tan veloz y estresante, preservar la complejidad estética y alcanzar y mantener a la vez un amplio rango de lectores?”, para luego acuñar la siguiente reflexión en forma de tarea mínima:

Sería interesante reinterpretar qué ha significado históricamente un recurso como la intriga para la literatura en lengua española, [...] más exactamente, cuál ha sido la función de la intriga como procedimiento narrativo a lo largo del tiempo (2018, p. 139).

Ante ello, no nos queda más que señalar que, a pesar del tiempo en que se publicaron, las ficciones de Palma contienen intrigas audaces, imaginativas, prolongadas y desbordantes que bien podrían ser llevadas a la pantalla grande¹.

Los viejos manuales nos recuerdan que la intriga en la narrativa de ficción representa la médula de una historia, en tanto que articula con destreza la introducción con el desenlace. En el caso de Palma, esta particularidad se patentiza en sus mejores relatos y el receptor, por cierto, no sale defraudado de la experiencia lectora. Desde temprano, el escritor peruano entendió que en el nudo de la narración se agrupan todas las fuerzas tensionales del texto. La construcción de una intriga, por consiguiente, evidencia los grados de imaginación con que un narrador diseña y mueve a sus personajes, y revela también sus virtudes como artista literario.

Bien visto, la intriga es el espacio donde los pensamientos recónditos y las distintas acciones de las criaturas ficcionales llegan al clímax. Nuestro propósito es revisar algunos episodios donde se traslucen estas virtudes del arte narrativo.

La deshonra

En sus más destacadas tradiciones de marca romántica, nuestro autor, fogueado en la redacción periodística, pone especial énfasis en cuatro factores: la fragmentación, el ingenio, la paradoja y el esmero estilístico. A ellos habría que sumarles dos elementos que se rechazan y complementan, y que suelen recorrer las mejores historias palmistas: la sensualidad y la carencia. Cada uno de ellos se evidencia en dos tradiciones

1 Por lo pronto, el cineasta Augusto Tamayo San Román, hijo del poeta y académico Augusto Tamayo Vargas, entregará una nueva película con el título de *Sebastiana, la maldición*, basada en la tradición “Mujer y tigre”.

que comparten el tópico de la deshonra y la venganza: “Mujer y tigre” y “La gatita de Mari-Ramos que halaga con la cola y araña con las manos”. En ambas se presentan a dos huérfanas en la flor de la vida; una con rica herencia y la otra con pobreza atávica.

La primera pertenece a la primera serie y la siguiente, a la segunda. Es decir, las dos tradiciones fueron escritas cuando Palma tenía menos de cuarenta años de edad. “Mujer y tigre” va precedida de una nota introductoria y sin enumerar que el autor aprovecha para elogiar la inocencia que encierran los años de la infancia y explicar, a su vez, la sentencia de las abuelas: “Esta niña es el mismo pie de Judas. Es más mala que la señora de***”; frase que Palma escuchaba con frecuencia en su niñez y que nadie le explicó hasta que, ya adulto, se topó con la prosa burocrática y fría de los documentos del Cabildo limeño donde se recoge lo acaecido con una joven desquiciada. Seguidamente y sin interrupción posterior, el autor pasa a recrear el macabro episodio limeño de inicios del siglo XVII en cinco apartados enumerados en romanos.

La tradición “La gatita de Mari-Ramos” comienza también con una breve nota introductoria donde se señala la ubicación real de la casa donde ocurrieron los luctuosos sucesos que se narrarán. En cambio, los fragmentos II y III recuerdan que los hechos coincidieron con la gestión del 34 virrey del Perú, don Teodoro de Croix, apodado “El flamenco” por su origen, y que dicho caballero tenía la sana costumbre de consumir huevos pasados todos los días. Más bien, los apartados I, IV, V, VI y VII se adentran en el tenebroso relato que sigue conmoviendo.

El primer relato está ambientado en Lima en 1601 y Sebastiana, la protagonista, es descrita, con zalamería, como “un fresco y codiciable pimpollo de diez y seis primaveras, tal como lo sueña un libertino”. Luego, el narrador acota: “Imagínese el lector si

sería codiciable y capaz de despertar el apetito del hombre menos goloso una chica que amén de su juventud, buen coramvobis y riqueza, tenía la rara fortuna de no llevar suegro ni suegra al matrimonio” (1964, p. 240).

A la muerte de su viudo padre, “la primera fortuna acaso de la tres veces coronada ciudad” pasó a ser criada, por testamento del difunto, por Blas Medina, asturiano severo, que se convertiría entonces en su tutor, quien tiene la delicada responsabilidad de velar por ella y sus intereses. A partir de ese dato, la trama centra su atención en la belleza y sensualidad de la muchacha que obviamente se convertirá en objeto de deseo, a pesar de la estricta vigilancia del tutor quien “resolvió no permitir tertulia de mozos en casita y guardar a la niña como tesoro en arca de avaro” (p. 241).

De igual manera, la joven limeña de la segunda historia, aunque desamparada, es retratada con estas generosas líneas: “boca incitante, como un azucarillo amerengado; cuerpo airoso, si los hubo, y un pie que daba pie para despertar en el prójimo tentación de besarlo; tal era, en el año de gracia de 1776, Benedicta Salazar” (p. 725).

A diferencia de la protagonista de “Mujer y tigre”, Benedicta Salazar tuvo desgraciada suerte ya que sus “padres al morir la dejaron sin casa ni canastilla y al abrigo de una tía entre bruja y celestina, como dijo Quevedo, y más gruñona que mastín piltrafero”. De ahí en adelante, el tejido de la historia subraya el interés de la severa tía por casar a la sobrina con un catalán que “tenía las manos callosas y la barba más crecida que deuda pública”, al que la joven miraba “con el mismo fastidio que a mosquito de trompetilla, y no atreviéndose a darle calabazas como melones, recurrió al manoseado expediente de hacerse archidevota, tener padre de espíritu, y decir que su aspiración era a monjío y no a casorio” (ibíd.). El deseo se convierte

entonces como un tópico que flota en los relatos. Los cuerpos jóvenes de las muchachas se vuelven atractivos y buscan el natural complemento afectivo y carnal.

Para la doctora Francisca Molero, “la actividad sexual es una de las actividades en las que más se movilizan los sistemas orgánicos [...]. Y es la liberación de neurotransmisores en el cerebro [...] lo que provoca sensación de tranquilidad y de placer” (2019, 13 de junio). A la luz de este acercamiento psicológico, se puede deducir que la sensualidad humana se condice con la personalidad de cada quien. Ese poder sensual evidencia la energía sexual capaz de originar atracción y emoción. En el caso de los personajes femeninos presentados por Palma, el erotismo, la autoconfianza y la belleza física configuran sus rasgos más visibles.

La venganza

El desarrollo de las acciones es conocido. En “Mujer y tigre”, Sebastiana, de quien jamás se menciona su apellido, es acechada por el hijo del tutor con quien tendrá dos niños. Después de cinco años, el joven Carlos Medina la abandona para recorrer mundo y casarse con Dolores Pedrosa, la hija de un capitán de arcabuceros. Tal situación convierte en vulnerable a la joven madre y las malas lenguas de Lima colonial no se cansan de denigrarla constantemente.

Sebastiana se vuelve beata de correa y da muestras de inestabilidad emocional. Cada vez que coincide con el padre de sus hijos, en la calle o en la puerta de algún templo, arma escándalos descabellados. Su psicología acusa neurosis histérica. Piensa que el deshonor no puede quedar impune. Planea en detalle su venganza y la pone en acción: busca a Carlos Medina y lo invita a casa para que se despida del mayor de sus niños, porque ella lo embarcará a España para que se eduque y forme.

Considera que la bendición y el consejo del padre son necesarios en una situación como esa. Su estratagema da resultados: llegado Medina es saludado con cariño por sus hijos. Para dar verosimilitud a su promesa, Sebastiana se comporta con la formalidad del caso. La copa de vino que la niña le acerca al padre está narcotizada. Al caer privado, Sebastiana decide amarrar a su víctima con fuerza inusitada y trasladarla a una hacienda a la afueras de la ciudad. Al despertar, Medina es injuriado por la perfidia que cometió. La mujer actúa con crueldad extrema y, con arma blanca, mata a los dos hijos delante del ingrato. El hombre se espanta y luego es descuartizado. Esa misma noche y con la ayuda de un esclavo, entierra los tres cadáveres y luego regresa a Lima sosegada por la venganza. La familia del difunto denuncia la desaparición y las autoridades ofrecen dinero para quien dé razón del ausente. El calesero esclavo delata a su ama. El crimen indigna a la opinión pública. Sebastiana confiesa bajo tormento y no muestra arrepentimiento alguno. La Real Audiencia la condena a la horca e indica que sus manos sean cortadas y exhibidas públicamente. Es considerada la primera mujer ahorcada en la Plaza Mayor de Lima.

Ciento ochenta años después, la capital del Perú es remecida por caso análogo. Benedicta Salazar es el personaje de “La gatita de Mari-Ramos que halaga con la cola y araña con las manos”, tradición que relata hechos similares. La protagonista tiene 20 años y una pobreza endémica. Es bella, sensual y autosuficiente. Las envidiosas del barrio la apodaron “La gatita de Mari-Ramos”. Las acciones se ubican en Lima de 1788. La muchacha tiene como tutora a una tía vieja, miserable, bruja y celestina quien le ha conseguido marido adulto y tosco que Benedicta rechaza. La achacosa tía no pierde oportunidad de enrostrarle su falta de obediencia y sus remilgos. Las pulsiones naturales de la joven la empujan a buscar compañía masculina. Aparece en escena Aquilino de Leuro, a quien el narrador

denomina “petimetre” de mano suave; es decir, un tipo entre presumido, elegante y pobre diablo. La pareja fuga y al cabo de medio año, la muchacha es abandonada por el galán. Benedicta no es madre. Aquilino huye a Cerro de Pasco en busca de fortuna y amoríos. Al poco tiempo, el joven se casa con la hija de un minero rico. La noticia golpea el ánimo de Benedicta, quien se siente usada, pero aun así asume su destino con resignación. Su amor propio le impide regresar donde la añosa tía. Arrienda un altillo dentro de una casa donde ejerce como costurera. Vive encerrada y evita la vecindad. Los domingos escucha misa de alba y compra sus provisiones para la semana. Los jueves por la noche salía a la calle para entregar y recibir trabajo. Benedicta era costurera de la marquesa de Sotoflorido con sueldo de ocho pesos semanales. Su mundo interior solo piensa en la venganza. Aun así, sus aires quebrados y su medio rostro de tapada limeña no podían pasar desapercibidos para Fortunato, su joven vecino que la llenaba de suspiros y piropos cada vez que la veía. Fortunato tenía la fortuna de ganar 20 duros al mes como amanuense en la escribanía mayor del Gobierno. Una buena noche, Benedicta se encontró con el ingrato Aquilino de Leuro y lejos de reprocharle el abandono, le habló con dulzura y gracia. Quedaron en que horas después ella lo recibiría en su modesta vivienda. La joven planea rápidamente su venganza. Sabe que necesita un cómplice, por eso activa un plan de acción. Antes de las 10, hace ingresar al vecino galán Fortunato con quien se muestra agradecida por ser tan acomedido. Ya dentro, brindan con vino moscatel, ella se insinúa, no hay testigos, los dueños de casa están en el campo, suena las campanas de las 10. En ese instante, se oyen los pasos del pérfido Aquilino. Ante tal situación, la joven nerviosa le pide al vecino galán que se esconda y que no salga de la guarida hasta que ella se lo indique. Para sellar el pacto, Benedicta besa los labios del amanuense, quien entiende que algo nuevo se iniciará en su vida.

El ingrato ha llegado a la hora pactada e ingresa con esperanzas de una noche feliz. La joven lo recibe seductoramente, le ofrece vino narcotizado, Leuro cae, ella lo ata con fuertes ligaduras y sin ayuda. Cuando el incauto despierta a medianoche, la costurera le canta su despecho y lo mata con una certera puñalada al corazón. Fortunato escuchó todo y por una rendija vio la tragedia. Ella le promete un premio si la ayuda a evacuar el cadáver. Sin testigos, sacan el bulto y se dirigen a orillas del río para arrojar los restos de Aquilino. Ambos caminan en la más lóbrega noche, mientras la bella Benedicta, armada de una aguja con hilo grueso, cose la manta a la casaca del joven. El cómplice, al arrojar el cadáver a las aguas nocturnas, se fue con él. En un instante no quedó ni cadáver ni testigo. A los tres días, el cuerpo yerto de Fortunato, hijo natural del conde de Pozosdulces, es encontrado por pescadores del Callao. Ante los hechos, las autoridades sospechan de un pobre diablo que le tenía encono al joven amanuense y lo detienen. El juicio dura meses y el tribunal debate si el supuesto culpable merecía horca o presidio. La joven Benedicta vive atormentada y en confesión relata su doble crimen, y le ruega al cura que lo revele para salvar la vida del inocente. El narrador no trasluce la suerte que corre la asesina despechada. Por sus modos suaves y engañosos, la voz narrativa asocia a la protagonista con una gata.

Balance

Palma dedica unas líneas para resumir la educación que recibían las muchachas durante la colonia:

La educación de la mujer de calidad, por entonces, se reducía a leer lo bastante para imponerse de la vida del santo del día, escribir no muy de corrido lo suficiente para hacer el apunte del lavado, y tocar el arpa, con más o menos primor, lo preciso para lucir su habilidad en una misa de aguinaldo (p. 241).

Las protagonistas de las dos tradiciones son huérfanas y jovencitas. No hay imagen tutelar en su crianza anímica. La imagen de autoridad del padre y/o de la madre brilla por su ausencia. Luego de recorrer las sendas de la experiencia sensual y erótica, las dos son abandonadas por sus amantes. Ambas se sienten usadas y son mal vistas en Lima. La sanción social es constante cada vez que cruzan miradas con otras mujeres. Su deshonra las acompaña y atosiga, vuelven su mirada a la religión, se confiesan seres de fe. A pesar de ser bellas e inteligentes, ambas únicamente apuntan a la venganza por haber sido deshonoradas. Además, da la sensación de que los desleales prefirieron mujeres que procedían de hogares nucleares; es decir, con padre, madre, hermanos, y no señoritas sin protección afectiva. Vale decir, los dos relatos presentan muchachas carentes de familia.

Bajo esa lógica, los pérfidos tienen que padecer tanto como ellas han sufrido. Las jóvenes mancilladas y abandonadas sienten que nada de lo que han hecho sus compañeros debe quedar impune. Sus muertes serán crueles y dolorosas. Además, perciben que el maltrato cometido contra ellas se intensifica cuando la propia sociedad en que viven las juzga, las golpea, las ignora, las señala y castiga. Por eso, en su anómalo raciocinio consideran una reparación equitativa ejercer la justicia con sus propias manos, porque así las cuentas se equilibran y quedan saldadas. Además, intuyen que el dolor que reciben los galanes repercute en sus nuevas familias. Las legítimas esposas quedarán solas, sin maridos, sin compañía y se convertirán así en seres vulnerables, como ellas. No hay afán alguno en el narrador en juzgar el comportamiento desproporcionado de las muchachas. Se limita a presentar hechos trágicos que suceden en el seno del orden colonial.

Entre uno y otro hecho han transcurrido poco menos de dos siglos. Al inicio de cada relato, ambas son presentadas como la encarnación de la belleza y del deseo. En el desarrollo de

la trama, las muchachas sufren transformación psicológica y rechazo de la sociedad. Ellas creen que no han nacido para ser repudiadas. No admiten que el tiempo las acorrale y envejezca. Se sienten solas. La belleza física va desapareciendo. Sospechan que no tienen oportunidad para amar ni para rehacer sus vidas. Todo lo han perdido. Solo vengándose estarán tranquilas consigo mismas. Más allá de los diferentes orígenes y distancias económicas, la mujer usada como objeto y luego abandonada no es admitida por las convenciones de la sociedad patriarcal. A la primera se le asocia con la fuerza de un tigre y a la segunda, con las mañas diabólicas de una gata.

Los tutores que aparecen fugazmente en los relatos son viejos y están cansados. El encargado de velar por Sebastiana fue Don Blas Medina, español severo “y con más penacho que el mismo D. Pelayo”, hombre adinerado y padre de un seminarista a quien pretende convertirlo en canónigo. Ha de suponerse que este caballero trataba como un cristal a la hija del difunto amigo.

Otra suerte fue la de Benedicta quien al quedar en condición de huérfana pasó al cuidado de una tía malgeniada y tan pobre como ella que ponía en duda las veleidades religiosas de la joven, tanto así que le espetaba discursos como estos “Quien no te conozca que te compre, saquito de cucarachas. Cualquiera diría que no rompe plato, y es capaz de sacarle los ojos al verdugo Grano de Oro” (p. 726).

La primera se aburría de tanto cuidado; la segunda, sufría de constante maltrato.

Los jóvenes que aparecen en los relatos tienen las mismas ansias e inquietudes que sus amigas. El seminarista Carlitos Medina, quien “en presencia de su padre y comensales, adoptaba un airecito de unción y bobería que lo asimilaba a un ángel de retablo”, esperaba que su progenitor, don Blas, hiciera la siesta

cada domingo para atizar las pasiones de la joven Sebastiana. Carlitos, que al dejar el seminario se convirtió en Carlos, heredó relativa fortuna a la muerte de don Blas, y tras cinco años de mantener intensa pasión con la joven y dos hijos a costas habidos en esa relación, decidió alzar vuelo y casarse después con otra dama.

La suerte de Benedicta fue similar a la que tuvo Sebastiana. Se enamoró de un joven presumido, “un petimetre llamado don Aquilino de Leuro” quien se convirtió en “el quebradero de cabeza” de la muchacha. Como era previsible, la parejita huyó y “medio año después de la escapatoria, hastiado el galán se despidió a la francesa, esto es, sin decir abur y ahí queda el queso para que se lo almuercen los ratones, y fue a dar con su humanidad en el Cerro de Pasco, mineral boyante a la sazón” (p. 728), donde se casaría con la hija de un afortunado minero.

Un segundo pretendiente de Benedicta en su etapa de discreción fue Fortunato, que al decir del narrador era “lo que se conoce por un pobre diablo, no mal empatillado y de buena cepa”, quien solo buscaba en la costurerita un instante de placer.

El lector intuye y huele crímenes de pasión. Los tres personajes masculinos acabarán muertos por mano femenina atormentada.

En estos relatos, Palma nos obsequia retrato de época, acercamiento psicológico, pintura social, comportamiento humano y, sobre todo, prosa espléndida y precisa. Y ante ello, creemos cierta la afirmación de Sánchez cuando señala que los autores han creado “intrigas sorprendentes y nuevas fórmulas narrativas que no provocaron únicamente *suspense*, sino incertidumbre, que es algo más significativo y valioso” (p. 143). En el caso de las historias acá reseñadas, las intrigas aparecen como acciones meticulosamente cumplidas con esmero, artimaña e inteligencia con la finalidad de vengar la

deshonra. Los desenlaces son sangrientos y fatales que impactan fuertemente en el ánimo del lector. Al recrear estos sucesos, Palma no hace más que demostrar dos cosas: su genialidad como narrador y sus dotes como cronista policial.

Bibliografía

Holguín Callo, O. (1994). “Tiempo de infancia y de Bohemia: Ricardo Palma (1833-1860)”. En *Análisis laboral*. Vol. 18, n. 206. Lima, 1994 (agosto), pp. 8-11.

Molero, F. (2019, 13 de junio) “¿Qué le ocurre a nuestro cuerpo cuando sentimos deseo sexual?”. En: https://elpais.com/elpais/2019/06/10/ciencia/1560163845_469385.html [Revisado el 1-10-2019].

Palma, Ricardo. *Tradiciones Peruanas*. Madrid: Aguilar, 1964.

Ribeyro, J. R. (1981). “Gracias viejo socarrón”. En: *Debate*. N. 11. Lima, nov. de 1981, pp. 68-69.

Sánchez, P. (2018). “Reflexiones sobre la intriga novelística en la era digital”. En: Utrera, María Victoria. *Pensamiento, ficción e intriga literaria en la narrativa contemporánea*. Sevilla: Editorial Universidad de Sevilla, 2018: 133-150.

Recibido el 12 de octubre de 2019

Aceptado el 28 de octubre de 2019